

EDITORIAL

el Periódico de España

La opinión del diario se expresa solo en los editoriales. Los artículos exponen posturas personales.

Datos a cambio de promesas

La información que puede llegar a permitir suplantar la personalidad debe tener especial protección



Desde el pasado verano, Worldcoin, la iniciativa de criptomonedas dirigida por el creador de OpenIA, Sam Altman, está desplegando en todo el mundo a sus comerciales. El repunte de la cotización de esta moneda virtual ha hecho que las colas delante de las terminales lectoras del iris de quienes acuden atraídos por la promesa de recibir a cambio un dinero fácil estén siendo en los últimos días especialmente nutridas. En su argumentario promocional, Worldcoin, creada por uno de los pioneros de la IA, alerta de los peligros de confusión o robo de identidad en el entorno de la IA, y para protegerse de ellos ofrece como instrumento defensivo ceder (a la empresa del propio creador de OpenIA) la lectura de un dato biométrico estrictamente personal, como es la imagen del iris del ojo. A cambio, se recibirá una compensación en la moneda virtual (impulsada por el propio Altman), ampliable si se recluta a otras candidatas a sumarse a su criptoproyecto, y aún más si la expectativa generada por esta estrategia de captación de la empresa hace aumentar la cotización de su propio producto.

La operación en conjunto tiene todos los componentes de una burbuja especulativa autoalimentada. Pero más allá de las dudas que pueda suscitar, no muy distintas de las de cualquier engranaje que prometa crear

una alternativa a la economía monetaria y, aún más, crear riqueza mágicamente, la forma de recolección de datos personales de este entramado es en sí misma preocupante. La Agencia Española de Protección de Datos está analizando cuatro denuncias y algunos países han vetado directamente la actividad de Worldcoin. Los datos biométricos (huellas dactilares, imágenes del iris o del rostro tratadas para ser susceptibles de reconocimiento facial), que permiten la «identificación unívoca» de las personas, son objeto de especial protección según el Reglamento General de Datos Personales de la UE, y está prohibido su tratamiento

excepto si el interesado da su «consentimiento explícito», informado «en forma concisa, transparente, inteligible» de las condiciones en que se usarán sus datos y siempre con garantías de su protección. La fórmula de reclutamiento de un público especialmente joven en pasillos de centros comerciales no parece que ofrezca excesivas garantías de que todo eso suceda.

Quienes están haciendo cola estos días para dejar que se escaneen sus ojos argumentan que cualquier empresa de comunicaciones que utiliza el reconocimiento facial o la huella dactilar en sus móviles dispone de este tipo de información, y sin pagar por ella. Eso es cierto: y un exponente de hasta qué punto no somos conscientes del valor de aquello que confiamos a terceros. Con todo, cabe recordar que, como dice la ley de protección de datos personales española de 2018, compartir datos personales con plataformas tecnológicas «permite nuevos y mejores servicios»: acceso a la información que nos interesa, al estado del tráfico en las carreteras por las que nos movemos, a las condiciones meteorológicas del lugar donde nos encontramos... Es un intercambio de servicios en el que la claridad sobre qué se ofrece y qué se obtiene a cambio es imprescindible. Y en este caso, ni lo uno ni lo otro parecen especialmente transparentes. ■

Hace tantos años que *Triunfo* puso en su portada este titular: «África se muere de sed», que casi todo lo que encerraba ese aviso ha sido sobrepasado por la infinita injusticia que se ha hecho, en el mundo, no sólo en África, con ese líquido elemento que hace vivir a las personas, a las fieras, a los países y hasta a los camellos de los Reyes Magos. El agua, bendito sabor de la vida. Mi madre, cuando creía estar mejor, en los meses anteriores a su empeoramiento, me decía después de sorber ese líquido de oro de los manantiales canarios: «Juanillo, cuando me ponga buena llévame a donde nace esta maravilla». No hubo ocasión. La desgracia se la llevó de la tierra, y aquí está, en mi memoria del agua también.

África se moría, se muere, de sed, y también se muere de sed Cataluña, por ejemplo, y la Valencia política, requerida de solidaridad, pide que se firmen papeles para otorgarle alivio a la sequía de tan cercanos vecinos, cuya lengua propia es casi la suya, por cierto, como están cerca, tan cerca, las canciones cantadas por Serrat y por Raimon, uno del Poble Sec (¡el poble sec!) y otro de la hermosa localidad de Xàtiva, el carrer Blanc.

La mezquindad humana tiene muchas varas de ser medida, muchísimas. La primera de todas es la cicatería con la que racionamos el agua. Ahí vemos a los niños

El valor del agua



EL REVÉS Y EL DERECHO
JUAN CRUZ

de África con su cazo en la mano mendigando agua y aire, ropa, vestimenta y medicamentos, comida, y agua, sobre todo agua, como en un tiempo, no tan lejano, mi padre esperaba que acabara el racionamiento del agua que iba a aliviar la sequedad de la huerta. Los pobres del mundo han sido y son mendigos de pan y de agua. El pan no se le niega a nadie, y se niega, no ha de negarse el agua y ya ven, con tristeza se verifica su racionamiento.

Este del agua es un asunto tan triste, y tan importante, como el de las lágrimas. Vemos en el universo presente guerras horribles, como la que insiste en seguir Israel contra sus vecinos pobres, o Putin contra la devastada Ucrania, y lo primero que salta a la vista es la sed africana que asola a estos lugares en los que se alterna la rabia con la resignación, mezclada con la dureza de vi-

vir de todas esas sociedades señaladas por la mala suerte y por la persistencia de la maldad de los que se olvidan de esos territorios, o los masacran, como si fueran piojos en la historia.

Esta evocación de la sed, y del agua, de la escasez y también de la belleza impar del agua, me viene por todo lo que llevo dicho y ahora, en concreto, porque tengo delante de mi mesa de escribir, y de leer, y de sentir el paso del tiempo por la vida desde que, por ejemplo, vi aquella impresionante portada de *Triunfo* («África se muere de sed») porque tengo al lado, aquí delante, un libro bellísimo de Julio Llamazares, *El valor del agua*, editado con primor por Nórdica e ilustrado por Antonio Santos, y hecho con la luz de quien perdió, por el agua cruel de los pantanos, la dirección postal de su niñez y de su vida: Vegamián, el hermoso lu-

gar enterrado en agua donde nació y de donde él y sus padres y tantos debieron marchar mientras se ahogaba el sitio como se ahogaron los árboles y las ventanas.

Es un homenaje al agua, y una nostalgia del agua en la que nació. Los dibujos, hechos para que lo oscuro de las viñetas resaltaran mejor el agua que el libro trae, atrae imágenes de viejos, de transeúntes, de coches, de lisiados y de menesterosos (de pan, de agua, de salud) apoyados por una poesía que es como la de *La lluvia amarilla*... Mi madre me mandaba a buscar agua en la talle que había en el patio. Desde el primer párrafo de este libro («Cierra el grifo, que se gasta el agua. Siempre que Julio se dejaba un grifo abierto, escuchaba a su abuelo repitiéndole lo mismo: “Cierra el grifo que se gasta el agua”. O bien: “No malgastes el agua, que cuesta mucho”»). Desde el primer párrafo hasta que el libro te lleva, dando, a la alegría poética de su prosa.

Quien lea este libro, sobre la sed y la esperanza del agua, tocará una época, que persiste, la de la sequía en las casas y en el suelo, y en el subsuelo. Además, aquí, en *El valor del agua*, esa nostalgia que es también realidad está apoyada por la emocionante riqueza de una lengua que nace precisamente de la sed de un lugar que ya solo es agua y para siempre. El país hundido en pasado de Julio Llamazares. ■